El ejercicio de la “buena muerte” en la experiencia educativa de Don Bosco (5/5)

(continuación del artículo anterior)

4. Conclusión

En el epílogo de la vida de Francisco Besucco, Don Bosco hace explícito el núcleo de su mensaje:

“Me gustaría que llegáramos juntos a una conclusión, que sería ventajosa para mí y para usted. Es cierto que tarde o temprano la muerte nos llegará a ambos, y tal vez la tengamos más cerca de lo que podemos imaginar. También es cierto que si no hacemos buenas obras durante nuestra vida, no podremos recoger el fruto de ellas en el momento de la muerte, ni podemos esperar recompensa alguna de Dios. […] Anímese, oh lector cristiano, a hacer buenas obras mientras haya tiempo; los sufrimientos son breves, y lo que se disfruta dura para siempre. […] Que el Señor te ayude, me ayude, a perseverar en la observancia de sus preceptos durante los días de la vida, para que un día podamos ir a disfrutar en el cielo de ese gran bien, de ese bien supremo por los siglos de los siglos. Así sea”.[1]

Es en este punto, de hecho, donde convergen los temas de Don Bosco. Todo lo demás parece funcional: su arte de educar, su acompañamiento afectuoso y creativo, los consejos que ofrecía y el programa de vida, la devoción mariana y los sacramentos, todo está orientado hacia el objeto primordial de sus pensamientos y preocupaciones, el *gran asunto de la* salvación eterna.[2]

Así, en la práctica educativa del santo turinés, el ejercicio mensual de la buena muerte continúa una rica tradición espiritual, adaptándola a la sensibilidad de sus

jóvenes y con una marcada preocupación educativa. En efecto, la revisión mensual de la propia vida, la rendición de cuentas sincera al confesor-director espiritual, el estímulo a ponerse en estado de conversión constante, la reconfirmación del don de sí a Dios y la formulación sistemática de proposiciones concretas, orientadas hacia la perfección cristiana, son sus momentos centrales y constitutivos. Incluso las letanías de la buena muerte no tenían otra finalidad que alimentar la confianza en Dios y ofrecer un estímulo inmediato para acercarse a los sacramentos con especial conciencia. Eran también -como muestran las fuentes narrativas- una herramienta psicológica eficaz para hacer familiar el pensamiento de la muerte, no de forma angustiosa, sino como incentivo para valorar constructiva y gozosamente cada momento de la vida con vistas a la "bendita esperanza". El énfasis, de hecho, estaba en la vida virtuosa y alegre, en el '*servite Domino in laetitia*'.

---

[1] Bosco, *El pastorcillo de los Alpes*, 179-181.

[2] Así concluye la Vida de Domingo Savio: «Y entonces con la hilaridad en el rostro, con la paz en el corazón iremos al encuentro de nuestro Señor Jesucristo, que nos acogerá con bondad para juzgarnos según su gran misericordia y conducirnos, como espero para ti y para mí, oh lector, de las tribulaciones de la vida a la eternidad bienaventurada, para alabarle y bendecirle por todos los siglos. Así sea», Bosco, *Vida del joven Domingo Savio,* 136.